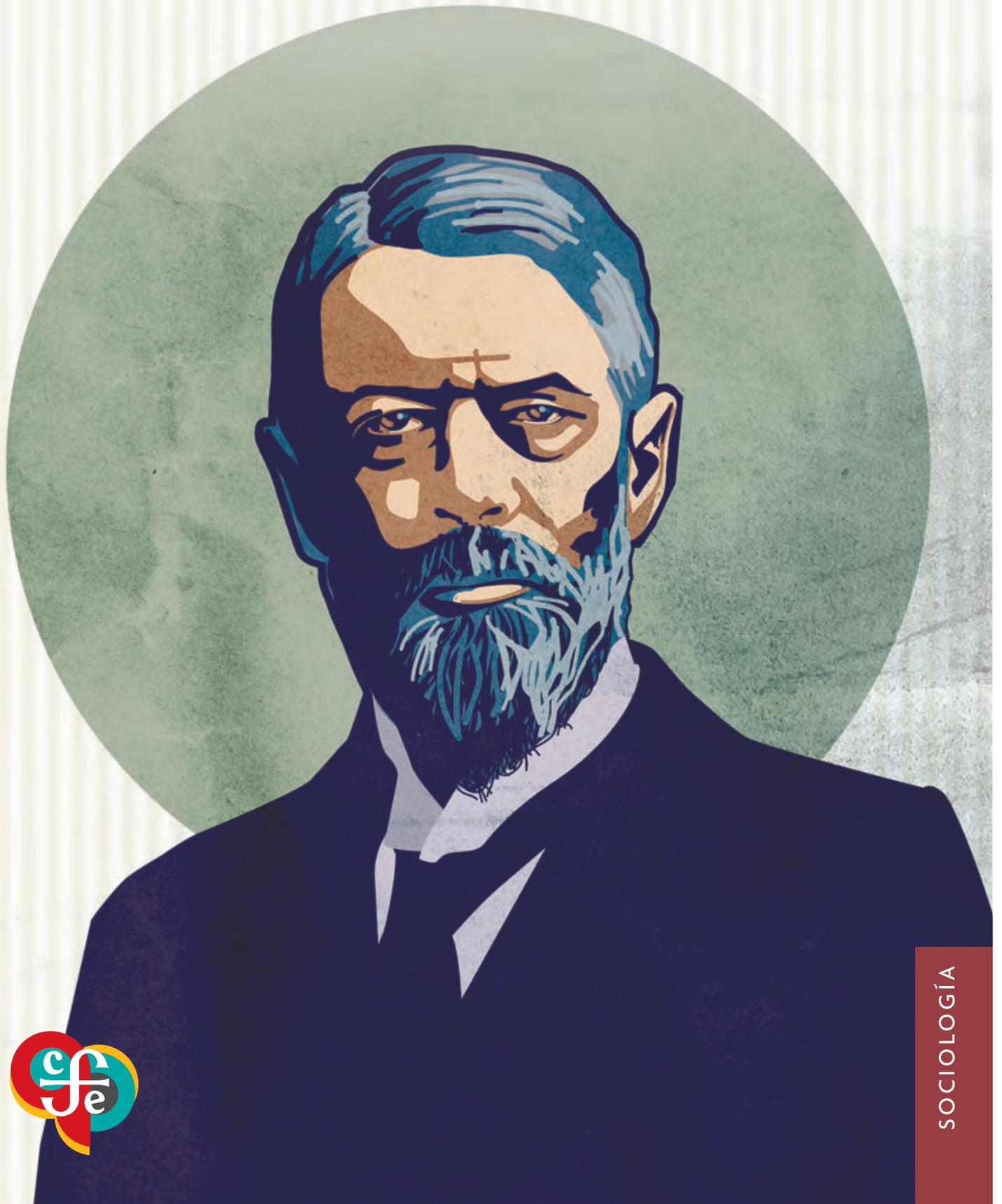


Max Weber

Nación y alienación

ESTEBAN VERNIK



SOCIOLOGÍA

Max Weber

Sección de Obras de Sociología

Esteban Vernik

Max Weber

Nación y alienación



Primera edición en español, 2024

Distribución mundial

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de tapa: Juan Balaguer
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Ada Solari y Patricia Motto Rouco
Edición al cuidado de Fabiana Blanco y Marina D'Eramo

ISBN: 978-987-XXX-XXX-X

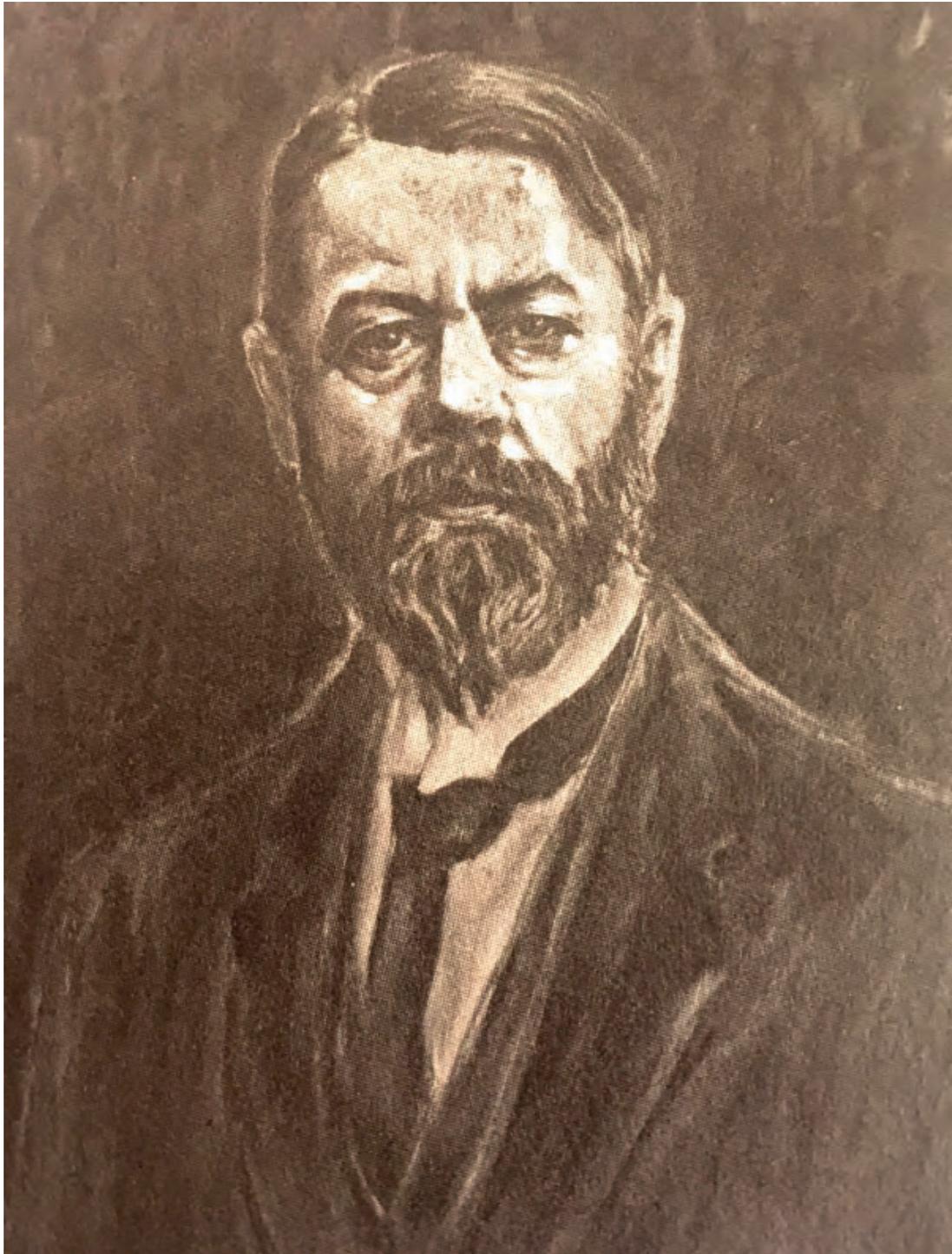
Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Presentación</i>	15
<i>Introducción</i>	19
I. La cuestión polaca	41
II. Trigo y semibarbarie en Argentina	67
III. Economía mundial, nerviosismo y profesión	89
IV. Alienados por el Señor y el trabajo	117
V. Etnia, clase y nación	147
VI. La guerra como forma patética de la nación	181
VII. ¿Una era poscristiana?	215
<i>Consideraciones finales</i>	253
<i>Apéndice. Cronología de Max Weber</i>	277
<i>Bibliografía</i>	289
<i>Índice de nombres</i>	305



Max Weber (1864-1920), *retrato al óleo del pintor colombiano Miguel Ángel Hernández (Tejeiro Sarmiento, 2014: 3).*

A Laura Rey.

El enemigo es el internacionalismo de cualquier tipo.

MAX WEBER, *Argentinische Kolonistenwirtschaften*, 1894.¹

La despersonalización del ser humano en un “engranaje de esta máquina”.

MAX WEBER, intervención oral en la reunión de la Verein für Socialpolitik [Asociación de Política Social], Viena, 1909.

¹ Todas las traducciones del libro me pertenecen, excepto indicación contraria.

Agradecimientos

A LA UNIVERSIDAD de Buenos Aires, a la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, por haber resistido durante los años difíciles.

A mis compañeros de las “exigencias de cada día”, en el Instituto de Investigaciones ‘Gino Germani’: Lionel Lewkow, Jorgelina Loza, Agustín Prestifilippo, Micaela Cuesta, Ariel Dottori y Juan Ballestrín.

A quienes escuché y en parte me apropié de sus reacciones al pensamiento de Weber: Alcira Argumedo, Gabriel Cohn, Vania Salles, Francisco Gil Villegas, Luis Aguilar Villanueva, Otthein Rammstedt, Gregor Fitzi, Wolfgang Knöbl y Eduardo Weisz, quienes leyeron con tenacidad los escritos weberianos, posicionándose a favor y en contra de sus ideas.

A Horacio González, allá arriba... *Pensar es agradecer*. Maestro y amigo, con quien alcancé a compartir un borrador de este libro, y mantuve durante décadas una larga conversación sobre los demonios del sociólogo de Heidelberg.

Presentación

ESTE LIBRO sobre Max Weber pretende relevar un conjunto de efectos recíprocos entre su teoría sociológica y sus intervenciones prácticas en el campo político e intelectual.

A lo largo de su muy extensa producción y en razón de su insaciable sed de conocimientos, Weber dejó pocos temas sin tocar del “desarrollo de la humanidad”. Investigó la Modernidad, y también la Antigüedad y el Medioevo; las culturas de Occidente y las de Oriente. Y a pesar de ponderar muy favorablemente los atributos del investigador especializado, Weber es uno de los grandes generalistas de las ciencias sociales. Al mismo tiempo en que llamó, por una cuestión de integridad intelectual, a consagrarse a una cosa, una causa, un propósito, recorrió una vastedad de temas diversos, tales como la dinámica de las clases sociales, la cuestión de las etnias y los intereses, la vida en las metrópolis y en el campo, la industria y la agricultura, el comercio y la especulación financiera, las universidades y las corporaciones, el erotismo y la muerte, el lenguaje artístico y la técnica... A esta lista, aún muy incompleta de sus intereses de investigación, habrá que agregar, entre sus resultados, sus teorías sobre la metodología de las ciencias sociales, sobre la expansión de la racionalidad económica de Occidente, sobre la dominación, la organización y la legitimidad; sus sociologías sobre el derecho, el Estado moderno y la burocracia; su estudio sobre Rusia, o —acaso su logro más imponente— su tratado comparativo sobre las relaciones entre sociedad y religión en Occidente, China, India y Palestina.

Dentro de este abanico de cuestiones diversas, todas atravesadas internamente por la distinción entre ciencia y política, este libro se propone

un recorrido tendencialmente cronológico sobre el surgimiento y desarrollo del pensamiento weberiano a partir de dos claves: *nación* y *alienación*.

La idea de nación está en el centro de la producción intelectual weberiana. A la nación se consagra la ciencia principal que Weber practica: la economía política (*Nationalökonomie*). Weber se ocupa profesional y vocacionalmente de la nación alemana y del papel que la burguesía debería desempeñar en ella. En sus intervenciones políticas, la nación es el eje de sus argumentaciones. En su obra teórica más voluminosa y celebrada, *Economía y sociedad*, le dedica en especial un capítulo; y en ese gesto se distingue de sus colegas también nacionalistas, como Werner Sombart, Ferdinand Tönnies o Georg Simmel. La cuestión de la nación y, asociada a ella, la de Imperio aparecen en forma medular desde sus primeros trabajos, como sus estudios socioagrarios o su análisis de la bolsa de valores. Su percepción del fenómeno del imperialismo se verifica a lo largo de toda su obra, del Imperio romano, al español, el británico y el estadounidense. A este último, Weber lo considera el “más rápido en edificarse”. Tanto Inglaterra como Estados Unidos le resultaron modelos inteligibles con los cuales confrontar la experiencia alemana. Inglaterra como modelo político, Estados Unidos como modelo que permitía anticipar las características futuras de la Modernidad capitalista.

A su vez, concebida su obra en gran medida como una antropología filosófica de la Modernidad, la cuestión del trabajo y la alienación resulta también nodal en el pensamiento weberiano. Las imágenes de la compulsión a trabajar y acumular para la gloria del Señor, así como su posterior versión secularizada en torno al incremento del capital y la “competencia profesional” —tal como surgen de su principal tesis, la que está en el centro de toda su obra, *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*—, constituyen uno de sus logros científicos más perdurables, al identificar el surgimiento de un tipo de humanidad moderna que, en vez de *trabajar para vivir, vive para trabajar*.

Weber arriba al discernimiento de esta inversión alienante luego de realizar, en el marco de un programa general sobre el destino de la humanidad, diversas investigaciones sobre la fuerza de trabajo: desde la condición de los esclavos y los siervos, de los trabajadores rurales y los campesinos, hasta los obreros de la gran industria, y los empleados de las empresas y el Estado moderno. En particular, Weber indagó en reiteradas ocasiones acerca de la condición de los esclavos, tanto los del

mundo antiguo romano o egipcio como los que aún en sus años de infancia y juventud existían de manera legal en América. Y como tantas otras cuestiones que investigó, Weber siguió el examen de la esclavitud eludiendo pronunciarse valorativamente sobre el fenómeno. Los análisis de sociología y economía —dijo, disparando así un sinfín de controversias— deben abstenerse de realizar juicios de valor. Ahí radicaba, según su visión, una diferencia tajante entre la ciencia y la política. Ambas esferas, que constituyeron sus dos más auténticas vocaciones, debían permanecer separadas según un principio que suele asociarse a su nombre, pero las más de las veces de forma incomprensible.

El punto de inicio de este ensayo surge del informe de una estancia de investigación en el Lateinamerikanische Institut de la Freie Universität de Berlín, en 2011.¹ Durante la década que siguió, dediqué buena parte de mi trabajo a revisar distintos aspectos de la obra de Max Weber, cuyos resultados aparecieron en una serie de artículos, ponencias en congresos y dos conferencias, que están en la base del presente libro.²

Ahora bien, una parte sustancial de las preguntas e intuiciones aquí examinadas surgieron desde mi primer contacto con el autor, a poco de ingresar a la carrera de sociología a mediados de los años ochenta, cuando como en tantos otros lugares de América Latina y del mundo —incluida buena parte de la academia alemana— el Weber que se transmitía —y que hasta hoy, aunque en menor medida, subsiste— seguía fuertemente tamizado por la presentación de su obra que había realizado el sociólogo estadounidense Talcott Parsons desde la década de 1930. La imagen que se enseñaba respondía a la distorsión que sobre su figura había modelado Parsons, esto es, Weber como un “correcto sociólogo liberal”, contrario a Karl Marx y cuya orientación resultaba demasiado parecida a la del estructural-funcionalismo. Pero se trataba de una hipóstasis, que daba lugar a un Weber inocuo, del cual se priorizaban sus esquemáticas clasificaciones, tomadas mayormente de las partes inconclusas de *Economía y sociedad*. Al contrario, otras interpretaciones surgían de las

¹ Mi reconocimiento al director del instituto, Sérgio Costa, por sus amables y estimulantes conversaciones sobre Weber y las cuestiones étnico-políticas.

² Tales artículos y ponencias se refieren en la bibliografía; las dos conferencias tuvieron lugar en la primavera de 2019, en la librería del Fondo de Cultura Económica de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de General Sarmiento, por gentiles invitaciones de Horacio González y Eduardo Rinesi.

conferencias de Weber sobre *El sabio y el político*, o de sus *Escritos políticos*, editados ambos títulos a fines de la década de 1960 en Córdoba y principios de los años ochenta en México por José Aricó, un autor dedicado al estudio de Marx y de Antonio Gramsci desde una perspectiva orientada a los problemas políticos de América Latina. Tal presentación, conjuntamente con las de Bolívar Echeverría y Michael Löwy, señalaban otra manera, diferente de la hegemónica, de ver a Weber. Se abría una perspectiva por fuera de aquel restrictivo marco normativo, en múltiples direcciones del laberíntico pensamiento weberiano. A tal comprensión busca contribuir este ensayo.

Introducción

BERLÍN DEL SEGUNDO IMPERIO

Max Weber formuló una opinión muy extendida en aquel tiempo al afirmar, en 1895, que una enérgica política de potencia mundial era la lógica consecuencia de la fundación del Reich por Bismarck.

WOLFGANG MOMMSEN (1973: 11)

La vida de Max Weber (1864-1920) coincide en gran medida con la del Segundo Imperio alemán (1871-1918). Cuando este se proclama, Weber tiene 7 años; cuando colapsa tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, integra en su último año de vida la comitiva diplomática encargada de firmar el Tratado de Versalles, el acuerdo de paz deshonroso para Alemania, por el cual se la condena a pagar los costos de la guerra. Esta simultaneidad de la experiencia imperial con la vida de Weber, como pretendemos mostrar, impacta significativamente sobre su pensamiento.

La fundación del Segundo Imperio dejaba atrás un largo ciclo de humillación y ocupación francesa del territorio alemán, desde la primera década del siglo XIX. De hecho, cuando entre 1807 y 1808, Johann Gottlieb Fichte pronuncia en la Preußische Akademie der Wissenschaften [Real Academia Prusiana de las Ciencias, también conocida como Academia de Berlín] sus *Discursos a la nación alemana*, en el mástil de entrada flameaba la bandera tricolor francesa. Sus alocuciones se producían en momentos en que el poder napoleónico se encontraba en su

máximo apogeo. En tales circunstancias, los *Discursos* advertían acerca de la amenaza de “exterminio de la Patria”. Su condición pedagógica no era un atenuante del discurso nacionalista, sino un rasgo distintivo que con posterioridad habrá de caracterizar a la tradición que Fichte inaugura. El texto llamaba a la revuelta contra el sistema napoleónico y vinculaba al pueblo alemán con los ideales de libertad, igualdad y progreso, a través de un vigoroso programa educativo (Fichte, 1994: 23 y ss.). Así, la aparición del pensamiento nacionalista en Alemania surgía como resultado de su relativo atraso y división respecto de sus más ilustrados vecinos europeos. Las ideas de Johann Gottfried Herder sobre la nación fueron leídas como una reacción ante la posición hegemónica de la cultura francesa en Europa. Herder, y luego Fichte, buscaron en la lengua y en la cultura evidencias para contrarrestar la superioridad francesa y alcanzar así la necesaria “autonomía moral” de la cultura alemana (Berlin, 1977: 1-24). Puede observarse que, en la tradición alemana, la idea de nación y la pedagogía que la impulsa surgen primero en el contexto del movimiento de reacción contra la expansión francesa y lo que se percibía como “el imperialismo de la Ilustración”.

En cambio, cuando irrumpe el pensamiento de Weber, en la última década del siglo XIX, la reflexión de la mayoría de la *intelligenzia* alemana se desarrollaba en un ambiente signado por la expulsión de los franceses, la fundación del Segundo Imperio alemán y la rivalidad entre las potencias europeas por el dominio de los territorios de ultramar. La constitución del Segundo Imperio se produce en 1871, un año después que el canciller Otto von Bismarck proclamara la Unificación alemana, luego de expulsar más allá del otro lado del Rin a las tropas napoleónicas en la batalla de Sedan. Para ese momento, el ejército de Bismarck dejaba escrita su leyenda por medio de una sucesión espectacular de triunfos militares. Weber evocará al final de su vida, “el legado de Bismarck”, el “efecto indeleble” del impacto que desde muy chico tuvo sobre su generación la gesta del mariscal Bismarck y las guerras victoriosas de 1866 y 1870, sobre los ejércitos austro-húngaro y francés (Weber, 1982a: 64).

Como resultado de la guerra Franco-prusiana y la derrota de las tropas napoleónicas, el tratado de Fráncfort de 1871 obligó a Francia a pagarle a Alemania los costos de la guerra. Comenzaban así los *Gründerjahre*, los años fundacionales del Segundo Imperio alemán, cuyo impulso

económico inicial se debió justamente a esta indemnización, que se aunaba al creciente proceso de industrialización iniciado en la década de 1840. El *boom* económico, industrial, financiero e inmobiliario que derivó de esta situación condujo a la expansión del Segundo Reich bajo la conducción militar y política de Bismarck, quien se mantuvo en el poder hasta 1890 y fue el principal responsable durante ese lapso del poderío de la nación y sus crecientes anexiones coloniales.

Hasta el día de hoy se sigue recordando a Otto von Bismarck, el “canciller de Hierro”, el estratega militar, terrateniente prusiano y político conservador, con estatuas y monumentos en las plazas principales de la mayoría de las ciudades alemanas. En Bremen, por ejemplo, al norte, donde nieva en abundancia durante el invierno, el palacio municipal se encuentra ornamentado con “monos y leones” que evocan los “buenos viejos tiempos del Imperio”, y desde la salida del edificio se impone, en el centro de la plaza, la estatua de Bismarck montando a caballo con el gesto conquistador de sus grandes campañas militares.

El ritmo acelerado de las anexiones ultramarinas del Segundo Imperio puede percibirse con tan solo algunos datos. En 1884, se incorporan al dominio alemán las islas de Oceanía que pasan a llamarse Nueva Guinea Alemana (las islas Salomón y Marshall y, cinco años más tarde, las islas Carolina, Marianas, Nauru y Palaos), y la Samoa Alemana, a lo que se suma en el mismo año África del Sudoeste Alemán, en lo que corresponde al actual territorio de Namibia. En 1885, las posesiones en África se incrementan con el dominio de Tanganica y Ruanda-Burundi, y, en la parte occidental del continente, Togo y Camerún. En 1899, se anejan también algunos territorios pequeños de Asia: Kiachow, Kiautschou y Quingdao.

Al igual que con la Sonderweg, que constituye la particular vía por la cual Alemania ingresa en forma tardía a la modernización industrial capitalista, también entra con retraso al reparto colonial de los territorios ultramarinos. Comienza solo a partir de 1871 y llega hasta 1918; esto es, desde la expulsión de los franceses del territorio alemán, la Unificación alemana y la constitución del Segundo Imperio hasta la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. En comparación con sus vecinos, Inglaterra y Francia, que venían con gran ventaja en la carrera colonialista, las posesiones de Alemania fueron considerablemente menores. Hacia el final de su vida, Weber se lamentará de ello, “si parangonamos, por



Monumento a Otto von Bismarck en Bremen.

ejemplo, las conquistas coloniales de Alemania con las realizadas por otros Estados en el mismo lapso, advertimos que las nuestras son particularmente modestas” (1982a: 38).

Sin embargo, durante ese lapso relativamente corto que duró el Segundo Reich, logró constituirse en una potencia mundial colonial de grandes proporciones, que incluían el control de la población y las riquezas de vastos territorios de África, Asia y Oceanía. La magnitud del poder mundial del Estado alemán durante ese período se aprecia hoy cuando se contemplan las grandes avenidas y los grandes edificios y monumentos levantados durante los años de vida de Weber, en sus principales ciudades, como Bremen, Hamburgo, Hanóver, Fráncfort, Múnich o Berlín.

Esa esplendorosa capital imperial, cuyas grandes alamedas y jardines crecían al ritmo de las crecientes anexiones ultramarinas, es la que conoció Weber durante sus años de infancia y primera juventud en

Berlín. El padre de Weber, Max Weber padre, abogado dedicado a la política, se desempeñó como magistrado y, durante los años de expansión del Imperio, llegó a ser diputado por el Partido Nacional Liberal en dos ocasiones, primero de la Dieta Prusiana y luego de la Dieta Imperial.

En su casa del residencial distrito de Charlottenburg, el joven Max, en lo que puede considerarse su primera formación política, asiste a las tertulias que su padre mantenía con dirigentes políticos partidarios junto a connotadas figuras del medio intelectual berlinés, tales como Wilhelm Dilthey, Theodor Mommsen y Heinrich von Treitschke —este último, según Marianne Weber, “el ídolo de los chauvinistas alemanes”— (Weber, 1982a: 89). Sin dudas, el peso intelectual de esas tres figuras resonará a lo largo del pensamiento weberiano, y puede rastrearse en su obra el lugar privilegiado que ocupan las citas a la *Introducción a las Ciencias del Espíritu* (1883), a la *Historia de Roma* (1856) y a las *Lecciones sobre Política* (1897). Hacia el final de su vida, Weber recordará la pasión, “el estilo que irradiaban”, las clases de Treitschke y de Mommsen, a las que asistió en la Humboldt-Universität zu Berlin [Universidad de Humboldt de Berlín, o Universidad de Berlín] (Weber, 2010a: 67 y 68).

En esa atmósfera política-cultural, las discusiones en la casa familiar de Weber giraban con frecuencia en torno a las acciones del canciller Bismarck, identificado como “el primer *Junker* entre los *Junkers*”. Los *Junkers* constituían una suerte de nobleza terrateniente que, aunque en ese momento se encontraba en plena decadencia económica por efectos de la competencia con la industrialización capitalista, hasta hacía poco había sido la clase predominante, especialmente en Prusia y en el este de Alemania. Se destacaron por su militarismo y dominaron Prusia y luego Alemania por medio del control de los altos puestos del ejército y de la administración pública.

El grupo del padre de Weber, como posteriormente lo hará también él mismo, formulaba distintas críticas hacia esa clase de la nobleza terrateniente. Desde un prisma liberal, esas críticas apuntaban fundamentalmente al conservadurismo político y cultural, a la poca adaptación a los rápidos cambios que el capitalismo introducía, a sus relaciones de dominación patriarcal y a su dependencia respecto de las ventajas que el Estado les ofrecía a sus economías. Sin embargo, ese grupo político-intelectual nunca dejó de estimar el peso histórico que esa clase tuvo como proveedora de cuadros militares y políticos para la expulsión de los

franceses del territorio alemán, la Unificación y el establecimiento del Segundo Imperio. Los miembros del Partido Nacional Liberal, como el padre de Weber, fueron liberales y nacionalistas colonialistas.

A su manera, Weber también adscribió al ideario “nacional-liberal”, el cual se nos presenta a primera vista como una conjunción ideológica contradictoria. ¿Hasta dónde se puede ser, a la vez, nacionalista y liberal? Una perplejidad aún mayor resulta del emblema social-imperialista, con el cual se identificarán ciertos grupos próximos a Weber. Por caso, la revista *Die Hilfe*, que dirigía Friedrich Naumann y en la que Weber colaboró en diversas ocasiones, se presentaba como “órgano del Social-Imperialismo”. Ciertamente, en distintos momentos de su vida, Weber se posicionó críticamente respecto a Bismarck y el conservadurismo social y cultural de los *Junkers* prusianos que este expresaba. No obstante, desde el punto de vista de la geopolítica nacional, durante la Primera Guerra Mundial rendirá tributo al legado de Bismarck (Weber, 1982a: 64-74) y se sentirá él mismo un “epígono” de esa generación que, bajo el dominio *Junker*, expulsó a los franceses, unificó Alemania y creó el Imperio (*ibid.*: 3-29). Desde un horizonte histórico que excede a la vida de Weber, puede agregarse que con el apoyo de los *Junkers*, además de Bismarck, Hitler llegó al poder (Tribe, 1996: 16).

Hemos comenzado nuestro recorrido por el pensamiento de Weber aludiendo a su adscripción nacionalista como epicentro de su ideario político. No nos hemos referido aún a la relación del pensamiento weberiano con la cuestión democrática. Convendrá desde el inicio puntualizar también este aspecto. El historiador Thomas Nipperdey ha caracterizado al clima ideológico de la Alemania que va desde Napoleón hasta Bismarck, y aún más hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, como el del predominio del “poder del Estado (*Staatsmacht*) antes que la Democracia” (Nipperdey, 1995: 3). Tal caracterización nos resulta adecuada para considerar el pensamiento de Weber. Si bien hacia el final de su vida contribuyó al diseño institucional de la República de Weimar y ya desde antes del fin de la guerra se pronunció en contra de las formas estamentarias de representación política vigentes, Weber nunca fue un demócrata cabal por convicción, como sí lo fue por los “altos intereses de la nación” y del Estado alemán en expansión ultramarina.

Weber siempre antepuso a la cuestión democrática la fortaleza del poder del Estado.

¿MAX WEBER, PROTESTANTE?

Weber piensa sobre la base de la ciencia como ateísmo científico y sobre la base del ateísmo como la única forma de pensar que es hoy honrada.

KARL LÖWITH (2007: 172)

De madre calvinista y padre luterano, se le ha reprochado a Weber su agnosticismo. Sigfried Kracauer lo definió como un “escéptico” acerca de las creencias, cuya posición a favor de una ciencia libre de valoraciones lo llevó a una “postura religiosa negativa, en toda su furia endemoniada” (Kracauer, 2009: 116).

Ciertamente, el autor de *La ética protestante...* no parece haber sido nunca un creyente protestante fervoroso, sino más bien un escéptico... un científico; por lo tanto, alguien no dispuesto a realizar “el sacrificio del intelecto”. En el capítulo VII, retomaremos el significado de esta expresión que se corresponde con la del “desencantamiento del mundo”. Decididamente, Weber no ha sido un cristiano. “Ser cristiano significaba para él aceptar el precepto del Sermón de la montaña que decía: ‘No resistirás al mal’. Él no estaba dispuesto a cumplir este mandamiento, porque era incompatible con su obrar en el mundo” (Jaspers, 1972: 334).

La propia autopercepción de Weber sobre este aspecto de su vida puede apreciarse en el siguiente trecho de la carta que escribe a su colega Ferdinand Tönnies en febrero de 1909:

Pues soy absolutamente “a-musical” desde el punto de vista religioso y no tengo ni el deseo ni la capacidad de construir en mí algún tipo de “construcción” espiritual de carácter religioso —simplemente no funcionaría y me niego a hacerlo—. Sin embargo, tras una evaluación más precisa, tampoco soy ni anti-religioso ni irreligioso. Me siento como un lisiado en este sentido, como alguien que ha sido mutilado (citado en Aldenhoff-Hübinger, 2019: 42).

Según Rita Aldenhoff-Hübinger su “déficit de religiosidad” aparece asociado a la “imposibilidad de sentir devoción por algo que excluya la

evaluación racional de las consecuencias de los actos que esa devoción conlleve” (*ibid.*: 42 y 43).

No obstante, desde joven Weber acompañó a su madre a los foros de la doctrina social de la Iglesia reformada. Hellene Fallenstein —ella sí, una devota calvinista— mantuvo con su hijo mayor un diálogo sentido acerca de cuestiones sociales y religiosas. Las cartas que se intercambiaron durante el período del servicio militar de Weber muestran el interés de este último por el fenómeno religioso, al tiempo en que descubre los libros: *Vida de Jesús y La vieja y la nueva creencia*, del teólogo hegeliano David Strauss; las *Conferencias sobre religión*, del teólogo protestante y precursor de la hermenéutica moderna, Friedrich Schlieirmacher; y las enseñanzas del escritor y predicador estadounidense William Ellery Channing. En ese mismo lapso, en torno al año 1884, Weber además entra en contacto con la filosofía de Spinoza y lee, también, *Wilhelm Meister y Werther* de Goethe (Marianne Weber, 1995: 110 y 129).

Ahora bien, dejado atrás el período del servicio militar, desde sus primeros trabajos profesionales, Weber participó y desarrolló una intensa actividad dentro de ciertas organizaciones ligadas al sector del protestantismo más social, “el clero protestante liberal y de izquierda” (Aldenhoff-Hübinger, 2019: 41). A partir de su habilitación como profesor en 1891, colaboró con un conjunto de organizaciones próximas al sector reformista de la Iglesia protestante, que influyeron sobre su carrera y auspiciaron sus primeros desarrollos académicos. Tales colaboraciones no se restringieron únicamente al inicio de su carrera, aunque sí en ese período puede advertirse que estas contribuyeron a su desarrollo profesional (Hennis, 1987: 44). En efecto, en el punto de inicio de su carrera Weber comienza su labor como investigador bajo el auspicio de tres instituciones —entrelazadas ideológicamente entre sí— que apoyaron su carrera: la Verein für Socialpolitik [Asociación de Política Social], el Congreso Social Evangélico y el grupo conocido como los “Socialistas de Cátedra”. Este último, aunque no disponía de recursos financieros, sí poseía un alto grado de influencia en la universidad en cuanto a la selección de las líneas temáticas de investigación y el reclutamiento de los jóvenes investigadores.

Weber surgió, pues, como generación de relevo de los Socialistas de Cátedra, término algo despectivo con el que un grupo de profesores de economía y de derecho habían sido bautizados por sus adversarios. Con un programa de reformas a medio camino entre la crítica socialista y la

beneficencia social, los Socialistas de Cátedra buscaban influir sobre las políticas del Estado. Alertaban sobre los efectos morales de la creciente desigualdad social, pero reconocían las formas existentes de producción y propiedad. Su programa incluía mejoras en la educación y las condiciones de vida de la clase trabajadora, así como planes de beneficencia para los más desposeídos. Este grupo intelectual, entre cuyos referentes se encontraban Gustav von Schmoller, Lujo Brentano y Georg Knapp, funda en 1873, junto a un grupo de teólogos protestantes inspirados en las mismas ideas sociales, la Verein für Socialpolitik, una organización que —según se proclama— busca promover, a través de la investigación social, políticas tendientes a la construcción de una sociedad pacífica y no revolucionaria, en la que participarían también “hombres de negocios, industriales y funcionarios” (Marianne Weber, 1995: 160). Será esta asociación la que encargará a Weber en 1892 su primer trabajo profesional, un proyecto para estudiar la situación de los trabajadores rurales al este del río Elba.

Para esa investigación, Weber diseña una encuesta sobre condiciones sociales, dirigida a los propietarios de los establecimientos agrícolas ubicados al este del río Elba, cuyos cuestionarios fueron aplicados por jóvenes clérigos protestantes. De este campo político cultural de los Socialistas de Cátedra y reformadores sociales, surge en 1890 el primer Congreso Social Evangélico, a cuyas siguientes ediciones Weber asistirá junto a su madre por años. Además, bajo el auspicio del Congreso Social Evangélico, Weber imparte, en esos primeros años de actividad profesional, dos cursos dirigidos hacia pastores: uno sobre política agraria, y luego otro sobre economía. Seguidamente, Weber comienza a trabajar en *Die christliche Welt*, un periódico para clérigos protestantes que había fundado su primo, el teólogo Otto Baumgarten. Y también será en distintos momentos asiduo colaborador de otra revista de orientación social protestante, *Die Hilfe*, cuyo director era el político y excapellán de la ciudad de Fráncfort del Meno Friedrich Naumann, conocido como “el pastor de los pobres”. Precisamente con él, en aquel círculo de actuaciones en congresos y medios ligados a la Iglesia protestante, Weber iniciará un diálogo, que durará hasta el final de su vida.

Por iniciativa de Naumann, Weber escribe una monografía para la Biblioteca Popular de Trabajadores Cristianos sobre *La bolsa*, que se publica en 1896. La amistad y colaboración entre ambos se convirtió a

lo largo de los años en una relación en la que Weber solía actuar como consejero intelectual, particularmente en asuntos de política económica. Aunque también, llegado el momento, Weber ofició de político profesional, cuando al final de su vida, en 1919, aceptó sin suerte ser candidato a miembro de la Asamblea Constituyente de la República de Weimar.

Marianne Weber ciertamente sí ejerció la política como profesión. Fue pionera del Movimiento Feminista (*Frauenbewegung*), desde el cual desarrolló una intensa actividad como defensora de los derechos jurídicos y económicos de las mujeres. En 1919, fue electa parlamentaria del Estado de Baden por el Partido Demócrata Alemán, resultando así la primera mujer diputada en Alemania. Al mismo tiempo, se mantuvo intelectualmente cercana a Georg Simmel, quien en 1913 le dedicó su libro *Goethe*, y con el que estudió e intercambió reflexiones sobre la cultura moderna y la “cuestión femenina”. Marianne publicó los libros *El socialismo de Fichte y su relación con la doctrina marxista* (1900) y *Esposa y madre en la evolución del derecho* (1907). Este último impresionó a Émile Durkheim, quien le dedicó una reseña favorable.

Marianne Weber describe la relación entre su esposo y Friedrich Naumann como una articulación específica entre “el científico y el político”, en la cual el primero sería una “fuente de conocimiento y guía en cuestiones económicas y políticas” (Marianne Weber, 1995: 168).

Bajo la influencia de Weber, Naumann reconoció que la conservación y el avance de la posición de Alemania como gran potencia no solo era un deber impuesto por el pasado, sino también un requisito para dar una vida decente a las masas. La meta de la acción política de ambos era una patria organizada según los lineamientos de un Estado de poder, con una población creciente y laboriosa, cuya completa madurez política la capacitaría a proteger sus propios derechos y, al mismo tiempo, a compartir la responsabilidad por el destino de la nación (*ibid.*).

De esta caracterización surgen tres claves que, según su esposa, se mantendrán invariables a lo largo del pensamiento político de Weber:

- 1) mejores condiciones de vida para las masas, siguiendo el ejemplo de “los obreros ingleses que se benefician de las conquistas del Imperio”;
- 2) “gran potencia mundial”, como aspiraba a serlo el Segundo Imperio alemán, hasta que la derrota en la Primera Guerra señaló la debacle del proyecto; y

3) “madurez política”, como sinónimo de “compartir la responsabilidad por el destino de la nación”, esto es, subsumir los intereses propios de clase en aras de una “idea más elevada”: “la grandeza de la nación”.

En pos de estos objetivos, Weber se desempeñó, en distintos momentos, como publicista político e intentó difundir sus escritos a través de un amplio abanico de medios. Sus análisis de cuestiones coyunturales aparecieron en periódicos de gran tiraje, desde el *Kreuzzeitung*, de orientación conservadora, hasta el *Frankfurter Zeitung*, de tendencia liberal y prosocialdemócrata.

¿Cómo definir pues ideológicamente a este hombre de instinto enérgico y jamás indiferente a las cuestiones políticas? No puede resultar un dato menor el hecho de que la primera vez que Weber pudo votar, probablemente en las elecciones parlamentarias de 1890, lo haya hecho por los conservadores (Mommsen, 1984: 17). Weber se refirió a esa circunstancia en más de una ocasión, por ejemplo en “Alemania entre las grandes potencias mundiales europeas”, una intervención que examinaremos en el capítulo VI. Sin embargo, puede advertirse que, en las discusiones de la Verein für Socialpolitik, se ubicó en general del lado de los sectores progresistas del protestantismo social, oponiéndose a las posiciones más conservadoras y —aunque, como veremos, no siempre— a las políticas de los sectores agrarios más concentrados. También resulta significativo que, al final de su vida, haya participado en asambleas del Partido Socialdemócrata, de las que, sin embargo, se fue formulando críticas al ideal pequeño burgués de los miembros del partido.

Es difícil comprender la amalgama de ideas que se sintetizan en el pensamiento político de Weber. Se mezclan en él nacionalismos con sueños de gran imperio; explicaciones darwinistas de lo social —especialmente en un primer momento de su obra—, que estaban de moda entre los académicos alemanes de la época; y una particular comprensión de la obra de Karl Marx, al que había leído ya en su juventud como alumno de Karl Knies en Heidelberg, luego a través de August Meitzen, su director de tesis de habilitación, y posteriormente, también bajo la influencia de Georg Simmel (Tönnies, 1945: 11 y 12). Usó el materialismo histórico en forma productiva, a contrapelo de las exposiciones más divulgadoras y ortodoxas de la época, y a veces incluso lo leyó “al revés”, desde un punto de vista tanto idealista como materialista, alternando y complementando ambas perspectivas.

En Weber se combinan la doctrina social cristiana; un liberalismo económico, no manchestereano, con presencia reguladora del Estado, tal como planteaba la escuela alemana de economía histórica con Karl Knies y Gustav von Schmoller a la cabeza; elementos de un idealismo romántico a lo Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Dilthey; una fundamentación epistemológica kantiana, y, entre sus primeras y principales influencias inspiradoras, las de Friedrich Nietzsche, Søren Kierkegaard y Georg Simmel. En ocasión de presentar su informe sobre la situación de los trabajadores rurales al este del Elba, que preparó para el V Congreso Social Evangélico, Weber le escribe a su esposa “haberse refrescado con Kierkegaard, Nietzsche y Simmel” (Hennis, 1987: 149).

Si bien resulta cierto y productivo situar a Weber como un pensador que al inicio de la República de Weimar pudo dialogar con sectores de la izquierda, conviene, para una caracterización ideológico-política más ajustada, tener presente el señalamiento de Wilhelm Hennis (*ibid.*: 44), quien recomienda reparar en los condicionamientos que ejercieron las organizaciones que desde su inicio auspiciaron sus desarrollos académicos: la Verein für Socialpolitik, que encargó a Weber al inicio de su carrera la parte de la encuesta sobre trabajadores rurales correspondiente a la región del este del río Elba, cuyos resultados moldearon su pensamiento político; el Congreso Social Evangélico, al cual Weber primero acompañó a su madre y luego participó activamente de sus encuentros, y que también financió parte de sus investigaciones sobre las condiciones de los trabajadores agrícolas en Alemania Oriental; y, finalmente, el grupo intelectual de los Socialistas de Cátedra, que apoyaron al joven Weber y lo impulsaron a tener una mirada más social —con plena intervención del Estado— que la que traía de su adscripción al liberalismo de su padre. Todas estas instituciones vinculadas a los sectores más reformistas del protestantismo constituían una suerte de constelación ideológica conformada por elementos provenientes del pensamiento social-cristiano, con inclinaciones tanto liberales y socialistas, como nacionalistas. A su vez, cabe volver a mencionar la estrecha y prolongada relación con el político social-evangélico Friedrich Naumann, a quien Weber acompañará y asesorará en distintas iniciativas políticas, como sus contribuciones a *Die Hilfe*, órgano de prensa bajo dirección de aquel que se definía como “liberal-imperialista” (Mommsen, 1984: 71). Cualquiera haya sido el resultado de esta

extraña articulación ideológica del pensamiento de Weber, era clara su disposición a disputar el favor de las masas en contra del Partido Socialdemócrata.

UNA VIDA UNIVERSITARIA

Si he logrado éxito en mi carrera académica, que no aspiré ni pedí, esto me deja indiferente y en particular no me da la respuesta a la pregunta sobre si esta carrera es la actividad más apropiada para mí.

MAX WEBER, 1897

(Marianne Weber, 1995: 239)

Sus estudios universitarios comienzan en 1882, cuando inicia la carrera de Derecho en la Ruprecht-Karls-Universität Heidelberg [Universidad Ruperto Carola de Heidelberg, también conocida como Universidad de Heidelberg]. Cursa las siguientes materias: derecho, historia económica, filosofía e historia de la antigüedad tardía. Durante este primer período fuera del hogar paterno, Weber estrechará la relación con su primo Otto Baumgarten, por ese momento estudiante de Teología en la misma facultad, con quien posteriormente compartirá distintas iniciativas teológico-políticas.

En este primer contacto con un ámbito universitario, Weber se incorpora a una asociación estudiantil con uniforme: la hermandad de duelistas “Alemannia”. La vida en esta fraternidad, a la que Weber perteneció entre 1882 y 1884, incluía, entre otros hábitos, compartir canciones y borracheras, el uso en ocasiones de trajes de gala y también, como culto al honor viril, la práctica de duelos de esgrima. De uno de estos ritos de pasaje, Weber conservó de por vida una cicatriz en la mejilla. Al final de su vida, en su conferencia de 1918 en Viena ante los oficiales del ejército imperial austro-húngaro, Weber en tono autobiográfico evocará

el deseo de ingresar en una asociación estudiantil, que te hagan la cicatriz en la cara, obtener el derecho de poder cruzar la espada con otros —que te

hace idóneo para convertirte luego en oficial de reserva— [...] el deseo de entrar en los círculos de la llamada “sociedad” (Weber, 2008: 318).

Un año más tarde del ingreso a la universidad, Weber realiza el servicio militar en el territorio de Alsacia, anexado desde hacía solo doce años al Segundo Imperio alemán. Será la primera de sus tres estancias militares en esa zona en el extremo colindante con Francia, al otro lado del Rin. En la capital de Alsacia, Weber asiste ocasionalmente a la Université de Strasbourg, y sostiene importantes conversaciones formativas sobre ciencia y política con su tío, Hermann Baumgarten, profesor de historia de las ideas de esa universidad, quien —al igual que el padre de Weber— era de convicciones a la vez liberales y nacionalistas, y estaba comprometido con la gestión del Reich.

En 1885, Weber vuelve a los territorios anexados para continuar su entrenamiento como oficial de reserva del ejército, que posteriormente completa en 1888, alcanzando el grado de capitán. Entre ambas estancias militares en Alsacia, continúa sus estudios de Derecho, pero ahora en la Humboldt-Universität zu Berlin. Finalmente, en 1886, completa sus estudios de grado en la Georg-August-Universität Göttingen [Universidad Georgia Augusta de Gotinga, o Universidad de Gotinga] y, a continuación, se traslada a Berlín, donde trabaja como pasante sin sueldo en un despacho de derecho y estudia Derecho comercial e Historia rural antigua.

Sus estudios de posgrado siguen una línea ascendente y en muy poco tiempo obtiene el título de profesor. En 1889, defiende en Berlín su tesis doctoral, “Acerca de la historia de las sociedades comerciales en la Edad Media. Según fuentes sud-europeas”, un trabajo a mitad de camino entre la historia jurídica y la historia económica. Dos años después, defiende su segunda tesis, de habilitación, “La historia agraria de Roma y su significación para el derecho público y privado” (Weber, 2008), con la cual es nombrado Privatdozent en Derecho Romano, Germano y Comercial por la Humboldt-Universität zu Berlin, quedando en condiciones de asumir la condición de catedrático.

Su carrera docente se inicia al año siguiente de su habilitación, cuando Weber es designado profesor interino de Derecho comercial en la Humboldt-Universität zu Berlin, sustituyendo a su director de tesis de doctorado, el destacado mercantilista Levin Goldschmidt. Comienza entonces, en 1892, una fulgurante actividad como profesor que sin

embargo quedará trunca: solo cinco años después debe solicitar licencia por enfermedad y finalmente, por el mismo motivo, su retiro de la universidad en 1899, con tan solo 35 años.

Del puesto en Berlín pasará a la Albert-Ludwigs-Universität Freiburg [Universidad Alberto-Ludoviciana de Friburgo, o Universidad de Friburgo] en 1894, donde será nombrado profesor de Economía política y en mayo de 1895 ofrecerá su célebre lección inaugural. Esta es la universidad donde Weber dictó clases por más tiempo, y fueron solo ¡dos años y medio!

Un año más tarde, es designado profesor en la más prestigiosa Ruprecht-Karls-Universität Heidelberg para suceder a su antiguo maestro Karl Knies, una figura de considerable peso en el ambiente académico alemán y uno de los padres fundadores de la escuela alemana de economía histórica. Poco después, Weber dedicará un artículo a ajustar cuentas teóricas con su antecesor de cátedra (Weber, 1992a).

Weber era consciente de su vertiginoso ascenso académico. Sin embargo, solo dos años después de asumir su cátedra en Heidelberg, un estado de postración nerviosa, un colapso en su vida anímica, lo llevará a tener que declinar el puesto. Primero solicitará licencia por enfermedad, hasta que dos años después, agotadas ya las correspondientes instancias burocráticas, debe renunciar. Recién volverá a dar clases dos décadas más tarde. En 1918, en la Universität Wien [Universidad de Viena], imparte un curso de verano y, finalmente, en su último año de vida da clases en la Ludwig-Maximilians-Universität München [Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich, o Universidad de Múnich].

En síntesis, un año después de su habilitación como profesor, Max Weber inicia en Berlín una acelerada y muy exitosa carrera académica que, sin embargo, será de muy corta duración. Accede en forma muy rápida a los más altos puestos del sistema universitario alemán, pero durante toda su vida Weber solo pudo desempeñarse regularmente como profesor ¡siete años!

Así como intervino en los debates sobre todos los aspectos que inciden en la vida de una nación, Weber también se ocupó de la cuestión académica. Fue muy crítico con respecto a la situación general de la educación superior en la era guillermina, a la falta de libertad de cátedra y a las formas irregulares de reclutamiento y promoción de los profesores universitarios. Entre sus manifestaciones más resonantes, se destacan su

protesta contra la situación marginal a la que el establishment universitario había condenado a Georg Simmel (“si eres judío, *lasciate ogni speranza*”) (Weber, 1992b: 190) y la defensa que hizo de su discípulo Robert Michels, quien debido a su militancia socialista se vio imposibilitado de acceder a una cátedra en Alemania y debió hacerlo en Turín, Italia (Weber, 2023: 81-87).

En una mirada retrospectiva a la situación general y a su propia experiencia, Weber dejará al final del recorrido una reflexión sobre la condición universitaria, su escalafón jerárquico, el accionar de sus burocracias, y el arribismo de tantos mediocres, que hasta hoy no ha perdido actualidad: “la vida académica es por tanto, puro azar” (Weber, 1992b: 190).

UNA OBRA TEÓRICA SOBRE EL DESARROLLO DE LA HUMANIDAD

¿Existió una economía capitalista en la Antigüedad, a un nivel significativo para la historia cultural?

MAX WEBER (2013b: 48)¹

Algo similar a lo que señalábamos respecto a su carrera docente, podemos apuntar respecto a sus publicaciones. A pesar de haber escrito una obra inmensa, durante la mayor parte de su vida, Weber se interesó poco por publicar. En efecto, Weber dejó una obra monumental, tanto por su originalidad y profundidad como por su vastedad, pero la mayoría de estos escritos vieron la luz o bien en su último año de vida o en forma póstuma, en gran medida gracias a los esfuerzos de Marianne Weber y otros editores. Ciertamente, muchos de los escritos que circularon luego de su muerte han sido reconstruidos *a posteriori* en ediciones fragmentarias e inacabadas. El caso más sustantivo es el de *Economía y sociedad*, el libro que más se asocia a su autoría, el que más se trasmite desde los primeros cursos de los programas de ciencias sociales, y también el que menos se suele leer en su totalidad, lo cual resulta

¹ Todas las traducciones de citas correspondientes a ediciones en lenguas extranjeras me pertenecen.

muy difícil debido no solo a su extensión inacabable sino también a la complejidad de su edición. Es un volumen de más de mil trescientas páginas, con extensos pasajes, algunos contradictorios entre sí; un libro con muchas partes sin editar.

Max Weber publicó poco. A lo largo de su vida se mantuvo coherente en su desprecio por aquellos intelectuales que publican solo para satisfacer su “vanidad de escritores”. Le resultaba deplorable la figura del intelectual que antepone su propia figura a su producción. Entre las intervenciones que Weber sí apostó por editar, se cuentan, entre las fundamentales, su tesis central *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*, y sus dos conferencias de Múnich sobre las responsabilidades del científico y el político, en las que recupera buena parte de su obra teórica para aplicarlas a sus dos esferas de intervención más apreciadas: la ciencia y la política. Pero, en verdad, los únicos dos “libros” de Weber publicados en vida fueron sus tesis académicas, lo cual es un requisito obligatorio en el sistema universitario alemán: la de doctorado, sobre las compañías comerciales medievales; y la ya mencionada tesis de habilitación sobre la historia agraria de Roma.

Luego, solo publicó un conjunto de reportes de investigación; una serie muy importante de artículos académicos, la mayoría en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* [Archivo de Ciencia y Política Social], unos sobre cuestiones metodológicas y epistemológicas, y otros resultados de investigaciones particulares, el más célebre y sustantivo, “La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo”. Esta pieza —que aquí consideramos como el epicentro de toda su obra— suscitó en el momento de su publicación una serie de críticas, que Weber respondió a lo largo de los años y que lo llevaron al final de su vida a reescribir el texto con varias aclaraciones y agregados que no estaban en la versión original. Entre estos, la noción —nodal en su teoría de la Modernidad— del “desencantamiento del mundo” provocado por la ciencia y la técnica (Kracauer, 2009: 116).

Recién al final de su vida, Weber se decidió a publicar la mayoría de sus trabajos de investigación en dos obras muy voluminosas: los *Ensayos sobre sociología de la religión*, que alcanzó a ver editados solo parcialmente en sus últimos días de vida, y *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*, un proyecto postergado por años, que Weber no alcanzó a terminar y que, recuperando partes y borradores, e incluso con

lagunas y repeticiones —como resultan evidentes para cualquier estudiante de los primeros cursos de ciencias sociales—, ordenó y publicó su esposa cinco años después de su muerte. Sumadas, ambas obras constituyen un corpus de alrededor de 2500 páginas. El resto de la obra está compuesto por informes de investigación y artículos, pergeñados en su mayor parte rápidamente, que se editaron después de su muerte agrupados en forma de libros: ensayos sobre teoría de la ciencia, sobre sociología y política social, sobre sociología de la religión, sobre historia social y económica, además del curso universitario que dio al final de su vida sobre historia económica. Por otra parte, en revistas y periódicos de amplia circulación se publicaron sus escritos políticos.

Así, ante la inmensa y enigmática obra dejada por Weber, en los cien años que siguieron a su muerte las ciencias sociales se enfrentaron con serias dificultades para dar cuenta de su “cuestión central” y de sus diversos significados. Y a ello contribuyeron diversos factores. En primer lugar, las dificultades que emanan del carácter heterogéneo, editorialmente complejo y en varios casos inacabado de sus escritos. Ciertamente, sus dos “libros” más conocidos, *Economía y sociedad* y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* son, como recién indicábamos, publicaciones póstumas que adolecen de serios problemas de índole editorial. *Economía y sociedad*, de más de mil páginas, constituye un abanico inmenso de cuestiones e investigaciones que abarcan gran parte de su vida, con varias lagunas y cortes abruptos que hacen que, a pesar de ser el libro de Weber que más se suele citar, sea el que menos se lee en forma sostenida. Por su parte, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* carga —para sus lectores no alemanes— con serios malentendidos que se arrastran desde su primera traducción al inglés de 1930 —la cual ciertamente influyó sobre su traducción a otros idiomas, como el castellano— por parte del sociólogo estadounidense Talcott Parsons. Esta versión sirvió tanto para difundir y situar a Weber en el centro de las currículas de ciencias sociales, como también para modelar una interpretación distorsionada de su obra, en clave funcionalista, que fue hegemónica por décadas.

En definitiva, los problemas de edición, sumados a la muy voluminosa extensión de sus escritos y la diversidad de los temas, enfoques e intereses abordados, constituyen nudos problemáticos para la exposición del pensamiento de Weber y su laberíntica obra. (La edición integral

de las obras completas de Weber concluyó en 2020 y consta de 47 volúmenes; tal vastedad de escritos resulta aún más visible si se la compara con la edición de las obras completas de Ferdinand Tönnies o de Georg Simmel, que también dejaron una muy extensa obra, y cuyas ediciones integrales, recientemente concluidas, constan en ambos casos de 24 volúmenes.)

Pero, en segundo lugar, resulta problemática la ubicación del autor. ¿Fue Max Weber principalmente un sociólogo, o más aún un “sociólogo liberal”, como Parsons y gran parte de las ciencias sociales se esforzaron en situarlo? Seguramente no, en gran medida. Si bien se involucró a partir de 1909 en la fundación de la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie* [Asociación Alemana de Sociología] y escribió para *Economía y sociedad* los “Conceptos sociológicos fundamentales”, Weber —que estudió derecho, realizó dos tesis sobre aspectos que intersectan el derecho con la economía y la historia, y trabajó de joven como pasante en un estudio jurídico— se identificó, en distintas ocasiones, no como sociólogo sino como economista, y “Economía política” (*Nationalökonomie*) era el nombre de la materia que mayormente dictó como profesor universitario. En sus últimos años, en su conferencia de Múnich de 1917, Weber expresó “nosotros, los economistas” (Weber, 1966: 3); y al inicio de su carrera, en su discurso de Friburgo de 1895, se nombró a sí mismo como descendiente de la escuela alemana de economía histórica que lideraba Gustav von Schmoller: “nosotros, jóvenes de la escuela alemana de economía histórica” (Weber, 1982a: 21).

Por lo demás, si bien en un primer momento simpatizó con las políticas del Partido Nacional Liberal, al cual pertenecían su padre y su tío, el historiador de Estrasburgo Hermann Baumgarten, Weber tuvo ocasión de manifestarse en contra del “credo manchesteriano” del liberalismo puro, como por ejemplo en el caso —al que nos referiremos en el capítulo II— de las disputas en 1894 por el acuerdo comercial con Argentina, en que Weber hizo campaña en contra del libre comercio (Weber, 2013a: 36 y ss.). Y difícilmente pueda aceptarse la caracterización de liberal a secas cuando se analizan sus escritos políticos y su exacerbado nacionalismo, en algunas ocasiones de inspiración darwinista. Los problemas para situar al autor ideológica y disciplinariamente se agravan ya que no fundó una escuela de pensamiento —como fue el caso de su contemporáneo francés, Émile Durkheim—, ni tampoco dejó herederos

nítidos —no puede afirmarse tal cosa de ninguno de sus seguidores del último período, como Karl Jaspers, György Lukács, Emil Lederer, Robert Michels o Carl Schmitt—.

Finalmente, en tercer lugar, acaso la mayor de las dificultades se presente al intentar definir el sentido general de la producción weberiana, esto es, un núcleo que englobe lo principal de su obra. La temática de sus trabajos científicos publicados abarca:

Historia agraria de Roma, la Bolsa, trabajadores del este del Elba, sociedades comerciales medievales, ocaso del mundo antiguo, estudios lógico-metodológicos, revolución rusa, psicofísica del trabajo industrial, la ética protestante y el espíritu del capitalismo, trabajos sociorreligiosos sobre China, la India y el judaísmo, trabajos políticos sobre el tema de la selección de los dirigentes y formación de la voluntad política, conferencias sobre la política y sobre la ciencia como profesión (Jaspers, 1972: 332).

¿Cuál es su unidad? ¿Existe algún hilo conductor que enlace sus más diversas contribuciones? ¿Cuál es su “cuestión central”, su “principal problema”? ¿El destino de la humanidad (Hennis, 1987), la importancia de los factores psicológicos e intelectuales en la vida económica (Mommsen, 1984), la acción social (Parsons, 1968), el origen y desarrollo del capitalismo (Roth, 2001), la ciencia libre de valores y el pluralismo metodológico (Ringer, 2004), o la racionalización y desencantamiento del mundo moderno por la ciencia y la técnica? (Löwith, 2007).

Hay aquí un dilema difícil de resolver. En la presente tentativa, nos serviremos de estas distintas líneas de apreciación, que iluminan aspectos diversos del pensamiento weberiano, aunque desatenderemos en mayor medida el enfoque propuesto por Parsons —que fue hegemónico desde la segunda mitad del siglo pasado hasta hace bien poco—, dado el carácter normativo de su presentación de Weber, que resulta difícil aceptar, así como por las significativas desviaciones que este intérprete introdujo en la trasmisión de su pensamiento.²

² Apuntamos algunas de estas distorsiones en el apartado “Una investigación sobre la pérdida de la espontaneidad humana” del capítulo iv, y en el apartado “Entre Marx y Nietzsche” de las Consideraciones finales.

PERIODIZACIÓN E ITINERARIO

En base a aspectos determinantes de la relación recíproca entre la vida y la obra de Max Weber, concebimos a grandes rasgos, y de manera esquemática y orientadora, la siguiente periodización:

1892-1894: “Especialista en asuntos agrarios”, desde la publicación de su segunda tesis *La historia agraria de Roma...* y la realización de los trabajos sobre la situación de los trabajadores rurales para la Verein für Socialpolitik hasta su nombramiento como profesor en la Albert-Ludwigs-Universität Freiburg.

1895-1897: “Especialista en asuntos bursátiles”, en el período en que se desempeña como catedrático en Friburgo y en Heidelberg, cuando se propone influir en la reforma de la bolsa de valores y escribe la *Introducción a la bolsa de valores y la banca por 10 pfennig* para la Göttinger Arbeiterbibliothek [Biblioteca de los Trabajadores de Gotinga].

1898-1902: “Del colapso nervioso”, vastos momentos de inactividad, de estancias en sanatorios y de viajes por distintos lugares con climas más favorables para los nervios de Weber, como Roma.

1903-1908: “De la Refundación del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*”, cuando se compromete con un programa de investigaciones en torno a esa revista de la que es coeditor y en la que publica en dos números su trabajo más célebre; en este período transcurre el viaje de casi tres meses por Estados Unidos.

1909-1913: “De la Deutsche Gesellschaft für Soziologie y la ciencia libre de valores”, cuando se compromete con la naciente disciplina y ejerce la copresidencia de esa asociación, en cuyo ámbito propugna el uso de juicios carentes de valoración, en oposición al tipo de debates desarrollados en la Verein für Socialpolitik.

1914-1918: “De la Guerra”, cuando se consagra a la dirección de los hospitales militares de Heidelberg durante los primeros trece meses de la contienda; tras renunciar a este puesto, participa como conferencista y publicista político en los debates sobre la coyuntura y el futuro ordenamiento alemán de la posguerra.

1919-1920: “De la Reorganización de Alemania”, cuando interviene en las discusiones sobre la Constitución de la República de Weimar, participa de una campaña electoral en la que aspira infructuosamente a obtener una

banca legislativa, forma parte de la comitiva en las negociaciones de Paz de Versalles y retoma la docencia universitaria.

Los capítulos que siguen, según un eje tendencialmente cronológico, examinan aspectos específicos de la imbricación de la obra y la vida de Weber, a través del análisis de una muestra de sus escritos teóricos e intervenciones públicas. Entre estas últimas, se considera en particular su participación en determinado tipo de asociaciones, tales como la Verein für Socialpolitik, en la que se mantuvo activo durante toda su vida profesional; la Liga Pangermánica, a la que adhirió durante un lapso breve; la Asociación Social-Nacional del político social-evangélico Friedrich Naumann, y la Deutsche Gesellschaft für Soziologie. Aun cuando este libro no intenta ser una presentación biográfica, examina el desarrollo de una vida intelectual siguiendo la secuencia de principio (capítulos I, II y III), nudo (capítulos IV y V) y desenlace (capítulos VI y VII). Aborda la relación entre sus mundos de vida ético, científico y político, excluyendo, en la medida de lo posible, la relación con otras esferas más íntimas, sobre las que ha insistido buena parte de las tesis sobre este autor y de las biografías recientes impulsadas por la acelerada industria editorial (Radkau, 2011; Kaesler, 2014; Kaube, 2020), las cuales, sin embargo, se emplean en otros aspectos del análisis. Especialmente, se dejan de lado ciertas especulaciones psicologistas sobre su vida privada, que distraen la atención respecto de los núcleos importantes de su pensamiento (Mitzman, 1976; Green, 1979). Como ha dicho, Johannes Wincklemann, uno de los primeros editores de la obra weberiana, “quien quiera escuchar historias de comadronas que vaya a la feria”. Se pretende, así, evitar aspectos íntimos de nuestro autor y focalizar en el análisis del pensamiento weberiano sobre lo público, para perfilar los dos tópicos que organizan el siguiente recorrido: *nación y alienación*.

Desde la década de 1930, Max Weber fue traducido al inglés de manera parcial por Talcott Parsons, sociólogo estadounidense, cuya interpretación del autor influyó indudablemente sobre las posteriores traducciones al castellano. Bajo este tamiz, Weber ha sido leído, incluso hasta hoy, como un “correcto sociólogo liberal” contrario a Karl Marx.

Esteban Vernik discute con esta lectura hegemónica perpetuada durante décadas y busca contribuir a los estudios que escapan a aquel restrictivo marco normativo, como los de José Aricó, Bolívar Echeverría y Michael Löwy. Plantea que el pensamiento weberiano es laberíntico, rodeado por una serie de interrogantes: ¿cuál es su unidad? ¿Existe algún hilo conductor para sus más diversas contribuciones? ¿Cuál es su “cuestión central”? ¿El destino de la humanidad, la importancia de los factores psicológicos e intelectuales en la vida económica, la acción social, el origen y desarrollo del capitalismo, la ciencia libre de valores y el pluralismo metodológico, o la racionalización y el desencantamiento del mundo moderno por la ciencia y la técnica?

En esta dirección crítica, el autor propone un recorrido sobre el surgimiento y el desarrollo del pensamiento weberiano a partir de dos temas centrales: nación y alienación. Con un eje tendencialmente cronológico y analizando una muestra de sus escritos teóricos e intervenciones públicas, examina aspectos específicos del cruce de la obra y la vida de Weber.

ISBN 978-987-719-479-1



9 789877 194791